

escrito a máquina

La Muerte: Maestra contradictoria



*Los dramáticos acontecimientos de estos últimos meses han sacudido de tal modo la conciencia nicaragüense que en ningún sector de la población ha quedado margen para la indiferencia o para el aislamiento. Se ha despertado en toda la ciudadanía, simultáneamente, un sentido profundo de responsabilidad y una voluntad de cooperar y de participar en el urgente proceso de democratización y liberación de Nicaragua.

Este cambio radical de la actitud del nicaragüense frente a su historia no se había registrado nunca en nuestro país: hasta los muchachos de secundaria, hasta los niños nos sorprenden con un lenguaje de prematura madurez que revela la honda repercusión de cuanto ha sucedido y sigue sucediendo en Nicaragua.

El fenómeno es percibido por toda persona consciente. En nuestro periódico —oficina pública donde el pueblo se comunica sin temor— nos damos cuenta y no cesamos de sorprendernos diariamente, de la profundidad y de la expansión de ese cambio. En nuestro sondeo hemos constatado que el público ha sufrido un proceso tan intenso de politización que hoy la página editorial ha dejado de ser una lectura de élites para convertirse en una página casi tan popular como era ayer la de deportes.

Frente a este despertar democrático y frente a esta concientización ¿qué cambio ofrece el Poder?

El Gobierno, es decir Somoza, aunque sigue repitiendo, sin soltar prenda, su disposición al diálogo, no ha disminuido sino intensificado su política de represión; política dura, de guerra, que no gradúa sus represalias, aunque sean jovencitos o niños las víctimas. Es decir, frente a un aumento de conciencia en el pueblo todo, el Gobierno, en vez de ponerse, inteligentemente a la altura de esa conciencia colectiva, hace lo contra-indicado: alienta la falta de conciencia de sus fuerzas de choque. Si existe una inconformidad (¿y cómo no la va a haber si desde Enero hasta Abril lo que se ha hecho es extender la mancha de sangre del asesinato del Doctor Chamorro a toda la República?), si existe un clamor de inconformidad porque hasta ahora ninguno de esos homicidios ha tenido proceso eficaz de la justicia y mucho menos sanción, si hay inconformidad porque, además de los escándalos económicos y de los abusos de poder, todo reclamo es juzgado subversivo y toda protesta callada a balazos, golpes o prisión, ¿no es una insensatez persistir en acabar con esa inconformidad aumentando las causas que la producen? ¿No bastan cuatro meses de represión indiscriminada para probarle a las autoridades que la represalia brutal y la matanza no solucionan sino que exasperan y agravan la situación, fomentando nuevas formas de violencia? No invoco el sentimiento, ni la moral. Invoco, aunque con repugnancia, la simple eficacia: ¿Ha sido eficaz la violencia? ¿Ha dado resultado? ¿Nos estamos acercando a una solución de convivencia, o, por el contrario, estamos extendiendo el fuego hasta que sea para todos incontrolable?

Es posible que Somoza en su visión personal de la situación y reduciendo el problema a su solo interés, considere su política de represión como eficaz. La fuerza engaña (sobre todo a los poderosos): como no solución sino que elimina, parece resolver de inmediato y fácilmente la dificultad que se le presenta. Pero la realidad humana no es una cucaracha cuya significación se termina aplastándola. Tiene infinitos e imprevisibles vinculaciones y resonancias. Se mata a un niño, y esa muerte tan pequeña puede, como en Esteli, convulsionar a un pueblo y desatar un frenesí de venganzas y destrucciones. Ya se nos dio la medida de lo que es una muerte (es decir, una falsa victoria de la fuerza) con el asesinato del Doctor Chamorro. Nunca él, tan valiente, tan batallador e indoblegable hubiera

podido librar vivo una batalla tan vasta y revolucionaria en la historia de su Patria, como la libró muerto y por virtud de su muerte.

La muerte, no tiene una contabilidad previsible ni computable. Grandes imperios han caído, poderes muchas veces superiores al de Somoza han sucumbido porque la peligrosa facilidad de resolver problemas por medio de las armas les hizo concebir una falsa economía de la vida humana. Un historiador llamaba al militarismo: "un cadáver dentro de una armadura". Es decir, un cadáver que mata; pero un cadáver porque al matar a su propio pueblo se está matando a sí mismo.

En un reciente y orientador artículo, J. Dávila Castellón decía que el Estado le da más importancia o se preocupa más por impedir la devaluación del córdoba que la devaluación de la vida. Sin embargo, la economía está montada sobre la vida y cuando "la vida no vale nada", nada vale nada.

Cada muerte que la represión produce hierde en su médula más profunda a la economía. No hay muerte que no tenga eco, es decir, que no resuene en los demás. Cada muerte afecta al crédito, al comercio, a la confianza social, a la seguridad misma de la existencia.

Si la muerte natural, si la sola idea de la muerte es sentida por el hombre como una amenaza —y muchas disipaciones, excesos, desórdenes son huidas o formas que el hombre encuentra para ocultarse u olvidar la muerte— ¿qué conmociones y desajustes tiene que producir en una sociedad la experiencia directa y diaria, no de la muerte natural, sino de la violenta, la del sacrificio injustificado y atroz de personas queridas, o apreciadas o inocentes, peor aún si son jóvenes o niños?

Si ya es suficiente problema para el hombre que la muerte sea ineludible ¿en qué angustioso absurdo se convierte la existencia cuando cualquier cosa (la travesura de un niño, la agitación en un colegio, la protesta de un obrero, la asistencia a una misa, o una huelga o hasta una fogata o un grito) puede significar la muerte propia, o la del hijo o la del ser amado?

Esa inseguridad visceral y la repugnancia orgánica a verse amenazado en su vida es lo que ha concientizado a todo el país. Es la Muerte la maestra de ese curso intensivo de concientización que ha recibido Nicaragua. Somoza, en sus entrevistas, habla siempre de agitadores. Pero el gran agitador de conciencias ha sido la muerte, desde la muerte de Pedro Joaquín hasta la muerte del niño de Esteli. La muerte es el líder que su misma represión ha creado.

Pero la muerte es un líder engañoso. Produce, es verdad, un enseriamiento en el pensar humano. Produce la unión y la solidaridad como reacciones instintivas de todo pueblo acosado. Pero también va destruyendo resortes y resistencias síquicas y morales, traumatiza, invierte valores, desespera y acaba produciendo una honda anarquía, cruel y difícil de dominar como que se ha nutrido de la misma muerte. Además, la matanza continua es una nefasta escuela de criminalidad y delincuencia.

Nicaragua está en el vértice de esas dos fuerzas contradictorias producidas por la muerte: la valoración de la vida y de su dignidad, y la devaluación de la vida. El peligro es seguir cargando la oscilante balanza del lado homicida y que el sobrepeso nos precipite en el caos.

En el terremoto ya tuvimos una muestra de cómo la tragedia, el dolor mismo y la muerte desatan ciertas fuerzas tenebrosas que anidan, como víboras, en el corazón humano. Son esas fuerzas perversas, las que estamos invocando con los redobles fúnebres de la represión.

PABLO ANTONIO CUADRA.